Una ventana a la carretera

Cuando un poeta abandona el terreno acostumbrado de su creación literaria, para pasar al campo de la prosa, se producen consecuencias muy extrañas. Los hay que fracasan rotundamente; la poesía es un género más elíptico, donde los conceptos avanzan por medio de saltos mentales o verbales que en la prosa resultarían excesivos. De ahí que muchos grandes poetas no hayan podido superar el trauma formal que el tránsito a la prosa presupone. Existe también el caso de grandes escritores que cultivan ambos géneros Con idéntica sabiduría y excelentes resultados; pero, en general, este tránsito constituye una prueba de fuerza de la que no todos salen victoriosos.

Antonio Pereira, nacido en 1923, era hasta ahora un poeta reconocido. Publicó sus primeros versos en revistas regionales, de su León natal, algunas de ellas tan importantes como "Alba" o "Espadaña". Ha publicado ya dos libros de versos, "El regreso", en 1964, y "Del monte y los caminos" en 1966. Este último libro, que he podido consultar, pertenece a un tipo de poesía de honda raigambre tradicional, no por su forma expresiva, que es evidentemente libre, sino por su temática, que pertenece a lo que pudiéramos llamar la literatura de estirpe campesina, honda y esencial. También Antonio Pereira quedó finalista este año en el premio de cuentos de la Confederación Nacional de Cajas de Ahorro, en el que obtuvo una Hucha de Plata. Pero su revelación como narrador se ha concretado en este libro que hoy comento, con el que obtuvo el premio Leopoldo Alas del año 1966.

Este concurso es el único que existe en el país para libros de cuentos, y goza ya de una antigüedad evidentemente notable, pues empezó a convocarse en 1955. En la lista de galardonados se encuentran nombres ya muy reconocidos dentro de la narrativa española actual, como Lauro Olmo, Jorge Ferrer Vidal, Ramón Nieto, o hasta el propio Mario Vargas Llosa, el célebre novelista peruano, que publicó su primer libro en esta colección, pues obtuvo el premio Leopoldo Alas en 1958 con "Los jefes". Este premio merece, pues, ser destacado y sería conveniente que fuera potenciado y actualizado: su cuantía, diez mil pesetas, es evidentemente insuficiente dada la tónica general de los premios en el país. También posee una característica muy destacable: El jurado estima sobre todo las narraciones de tipo tradicional, y suele rechazar los experimentos o todo tipo de vanguardismos, De ahí que el Leopoldo Alas posea un carácter de vieja solera pero a la vez un tono especial de conservadurismo que no ayuda nada a su propia promoción.

Respondiendo a todas estas e circunstancias, a este planteamiento inicial, con sus vicios y sus virtudes, reconozco que el libro de Antonio Pereira constituye una grata

sorpresa. El poeta leonés reincide en su temática preferida y presenta una serie de estampas, "del monte y los caminos", de esa literatura de honda raigambre tradicional, recogida por los pueblos y las tierras de España. La prosa de Pereira es muy sencilla, contenida, de una hondura descriptiva verdaderamente notable. El escritor permanece siempre en un terreno lejano, de espectador privilegiado, sin desequilibrar sus descripciones; personajes y sucesos se desarrollan desde un punto de vista neutral, con cierta ternura escondida, pe o sin que exista la más leve exageración en actitudes ni expresión. Pereira, en ocasiones, gusta del golpe de efecto final, pero tampoco prodiga este recurso. Predominan en estos relatos las estampas campesinas, más apuntadas que minuciosas, y cierto tono general de esperanza insatisfecha.

Desde la historia del sacristán enamorado hasta la de Pablito el Apóstol, todo el libro es un conjunto de poemas en prosa de excelente factura artística. Pereira ha demostrado su dominio del género. Es un escritor ya maduro, que posee el punto de apoyo necesario para lanzarse a empresas de más envergadura.